

Semblanza vital de Honorio Delgado

Por Leopoldo Chiappo (*)

La imagen de la persona y de la obra de Honorio Delgado, con el tiempo, crece en dignidad y nivel, siempre que se la exponga al recuerdo de su existencia y a la reflexión de su pensamiento.

Es el gran Maestro. Y debe serlo para todos los heredanos que celebramos el centenario de quien fuera Primer Rector Fundador de la Universidad Cayetano Heredia; para todos los peruanos, como ejemplo de grandeza de miras y rectitud ética, y para el mundo universal de la cultura por la profundidad y finura de su producción escrita.

Esta semblanza es un esbozo de retrato espiritual. Comprende una visión del ser personal de Honorio, más allá de su reconocido ámbito disciplinario filosófico y científico.

La presencia personal y el porte físico directo de Honorio Delgado eran impresionantes. La imagen escéptica y ardiente de un personaje del Greco. La figura alargada, las manos finas, los ojos profundos, brillantes y penetrantes hundidos en las fosas óseas y en los que fulguraba la chispa inconfundible del espíritu y de la inteligencia. Era de esos rostros como esculpidos por el cincel, lento y constante, de una vida interior permanentemente animada por el pensamiento y el amor, las dos excelencias de una existencia verdaderamente humana. Su presencia era magnética. Tenía la virtud de elevar la calidad, el nivel y la intensidad del encuentro personal. Lejos de la chatura y trivialidad cotidianas, muy lejos de la frivolidad del trato social o, ni siquiera pensarlo, de la vulgaridad de la compadrería criolla o de la maligna chismografía calumniosa con la que se sozalan los enanos del espíritu, tan frecuentes. Así era Honorio Delgado.

El encuentro con Honorio, por la gravedad y trascendencia de los asuntos interesantes que surgían, por la amenidad y por el despojo de todo aquello que podía ser engorroso o trivial en lo personal y cotidiano, y, sobre todo, por la intensidad de la atmósfera espiritual que irradiaba, tenía el refulgente carácter de fiesta de la inteligencia y la cálida simpatía de la amistad cordial. No es que Honorio Delgado estuviera todo el tiempo hablando ex cathedra, pero había, aún en los asuntos triviales, nunca anodinos, o en aquellos en los que mostraba su desapegado y agudo sentido del humor, un no sé qué de magisterio o de grandeza que todo lo nimbaba de gracia e importancia. En su modo de ser y en su compañía todo se volvía interesante. Era breve, lacónico y sentencioso. Tenía la alegría y la serenidad que brotan de la plenitud espiritual interior auténtica. Carecía de agresividad, ese maligno desahogo de la gente frustrada. Era ingenuo y complejo, como corresponde a una personalidad interesante y



superior. Nunca perdía el tiempo. Y es que el tiempo, misterioso don fundamental que nos regala la vida, es algo respetable, que no se puede derrochar, ni el propio ni el ajeno. De allí su reconocida e invariable puntualidad, digno ejemplo para los compatriotas cronicidas crónicos, si cabe el neologismo y la paradoja. Y es que el tiempo no sólo no se debe perder, sino tampoco se debe degradar de su ser magníficamente de oro, bien empleado, a una suerte de hojalata o plomo de que suele estar hecho el tiempo del común de los mortales. Y es que Honorio era hombre de excelencia. Aunque cordialísimo con los amigos y cortés con todos, preservaba su soledad, encumbrada, florida y fructífera. Y por ello era distante.

Honorio Delgado cultivaba consigo mismo lo que él denominó "autovencimiento": la voluntad que señorea sobre el aparato psico-físico del organismo propenso a flaquezas, la voluntad que orienta la vida hacia los altos valores del espíritu y supera así debilidades y tentaciones, la voluntad que salva de la claudicación y mantiene la lealtad a lo noble, a pesar de las vilezas y desengaños de la vida, la voluntad genuina que es consecuencia con los principios, en fin, la voluntad elevada, firme y entera, eso es, lo que constituye la columna vertebral del ser espiritual de Honorio Delgado y con ello la esencia de su magisterio. Más que el esplendor de la inteligencia y de la cultura, más que los refinamientos de la sensibilidad, más que las alturas de la meditación, más que el activismo del servicio social, el autovencimiento, el vencimiento de sí mismo era la raíz nu-

tricia de la espiritualidad noble y efusiva de Honorio Delgado, aunque en él también resplandeciera -y cómo-, la luz de una inteligencia aguda, penetrante y superior y el tesoro de una cultura sólida y universal; aunque en él, también, vibrara una sensibilidad exquisita y refinada, aunque en él, en fin, hubiese, y con riqueza, notable alacridad en la acción y abnegación y amor en el servicio del prójimo, de las instituciones y de la patria. Más bien, todas estas cualidades superiores de inteligencia y cultura, de sensibilidad fina y entrega esmerada a la acción desinteresada, no eran sino manifestación de esa noble espiritualidad fundada en el temple de carácter y de voluntad que es la capacidad de vencer en sí mismo toda clase de blandura e inclinación o proclividad de la vitalidad no trabajada por el espíritu. Y esta enseñanza de espiritualización de la vida constituye el supremo y sutil magisterio de Honorio Delgado.

En varias oportunidades he señalado que Honorio es un humanista aristocrático. Esto puede sonar antipático en épocas en que malamente se confunde igualdad de dignidad de todos los hombres con nivelación por lo bajo, solidaridad social con demagogia y adulación del populacho, camaradería genuina con campechanería confianzuda y zafia, buenos modales y porte digno con pituquería, excelencia institucional y elevación productiva en la cultura con elitismo como acusación culposa, honestidad con tontería. Es preciso eliminar los miasmas de la vulgaridad, de la envidia y de la calumnia que deforman la imagen del valor auténtico. El mejor retrato de humanista

aristocrático lo da Honorio cuando define la nobleza con estas palabras: "Noble es la persona, cualquiera que sea su origen, en cuyo ser se reúne la sensibilidad fina, el ánimo dirigido a lo excelente, la voluntad abnegada de hacer obra por la obra misma, y el porte congenial con la grandeza y la excepción". Honorio quería darnos una imagen de la verdadera nobleza humana e indirectamente deslindar el porte del conde Baldassare Castiglione, respecto de ciertos "aristócratas de nacimiento radicalmente vulgares" que el autor de "El Cortigiano" tuvo que tratar y servir, como los dos marqueses de Mantua. Pero, en verdad, lo que hizo Honorio, sin proponérselo, es hacer, a mi juicio, un auténtico retrato de sí mismo, de su ser y del sentido de su obra. Aquí vemos que la aristocracia, el gobierno de sí mismo con lo mejor de sí mismo ("aristos", excelente, lo mejor; kratos, poder, fuerza) no tiene nada que ver con el origen. La vulgaridad y el populacho pueden estar presentes en todas las clases sociales, pues en el pueblo puede darse un genuino sentido aristocrático, lo que no sucede con la grosería huachafa y ostentosa de ciertos nuevos ricos, ni con la arrogancia ignorante del oligarca necio y prepotente, ufano de su dinero y de su poder. Puede haber nobleza en todas las clases sociales, en el rico y en el pobre, en las clases medias, pues no es asunto de clase socio-económica sino de índole personal. Y el "quid" está en la sensibilidad, en la dirección de la estimativa hacia los valores altos y espirituales, en la voluntad desinteresada, abnegada en la realidad psico-espiritual armónica con la grandeza de los propósitos y de los actos, y esencialmente original y exenta de adocenamiento. Y aquí vemos, igualmente, el secreto del autovencimiento que afina la sensibilidad de toda proclividad grosera, orienta la estimativa hacia lo alto, fortalece y purifica la voluntad hacia la "obra por la obra misma" y no por la utilidad, el lucro, los honores y la fama o la vulgaridad del llamado éxito. Simplemente por la obra misma, con el amor y la espontaneidad, la entrega y la perseverancia, el secreto gozo no exento de sufrimiento, con que el orfebre trabaja su joya, el artesano su objeto, el artista su obra, el científico su investigación, el pensador su libro, el maestro su clase. Y en ello el porte psico-espiritual de la persona se muestra "congenial con la grandeza y la excepción".

Es este humanismo aristocrático de Honorio, del Rector Fundador de nuestra Universidad Peruana Cayetano Heredia, la gran invitación a elevar nuestra vida y la de las nuevas generaciones.

(*) Catedrático Principal Fundador de la Cátedra de Psicología de la Universidad Peruana Cayetano Heredia.